

Por sur y oeste corre á los piés de la ciudad el Águeda, arrastrando arenas de oro en su corriente no escasa, y deslizándose, al acercársele por el primer punto, bajo los siete arcos de su puente, la mitad del cual es de fábrica antigua como las dos torres que defendían un tiempo sus extremidades, aunque no tanto como el informe verraco de piedra colocado á su salida, la mitad renovado en 1770 á costa de la provincia y de las otras colindantes por el citado Sagarvinaga. Comunica el puente con otro arrabal harto menor que el de San Francisco y expuesto á las inundaciones del río inmediato: su parroquia se titula Santa Marina. Sobre la misma ribera, aunque á una hora casi de distancia, tuvieron los Premostratenses un espacioso convento, empezado en 1590 por Francisco Martín religioso de la orden; y á la cúpula, crucero y capilla mayor de su iglesia dió remate en el pasado siglo Sagarvinaga, y decoración de columnas dóricas y compuestas á las galerías del magnífico claustro.

Al rededor de Ciudad Rodrigo, como formando el palenque de las gloriosas lides que ha sustentado, trazan las sierras un dilatado circo abierto sólo por el lado septentrional, hacia donde afluyen los copiosos riachuelos desprendidos de sus vertientes. Ameno es el horizonte, accidentado y cubierto de vegetación el territorio; pero en un radio de cinco ó seis leguas apenas brota ni vieja ruina ni recuerdo histórico, excepto el de alguna conferencia de reyes en Fuente Guinaldo. Toda la importancia del partido la absorbe su cabeza, cual si las demás poblaciones, rústicas é ignoradas, no fueran otra cosa que aduares transitorios prontos aún á replegarse dentro de los muros ó á guarecerse en las breñas á la menor señal de alarma.

mano derecha hallamos dos epitafios de Lope Osorio Centeno y de Pero Álvarez Centeno que murió en 1524, caballeros y regidores entrambos, y en otra capilla del mismo lado el de don Bernardino del Águila, arcediano de Alcaraz en la catedral de Toledo, fallecido en 1583, hermano ó sobrino sin duda del obispo de Zamora don Antonio del Águila muerto en 1560, cuya era la capilla y que tenía en ella su estatua levantada. En la capilla mayor, además de las hornacinas bajas, había en alto dos de la decadencia gótica.

## CAPÍTULO VIII

La Peña de Francia, la Alberca, las Batuecas



SEA que en la pérdida de España no todos los fugitivos se retirasen hacia Asturias, hallando muchos más cercano asilo en las montañas de su respectivo país, sea que de la incursión atrevida de Alfonso I por el centro de la península quedaran colonias establecidas en los sitios más quebrados, parece indudable que la imponente cordillera tendida al sur de Salamanca sobre los confines de Extremadura, abrigó en su seno moradores cristianos mucho antes de asegurada la reconquista de la tierra. Peña de Francia se titula de tiempo inmemorial, la escarpada cima que descuella hacia el medio de la formidable muralla siete leguas al oriente de Ciudad Rodrigo; y este nombre de origen inapeable, enlazándose naturalmente con las romancescas tradiciones de Carlomagno y de sus pares, ha dado ocasión de traer allí un conde Teobaldo que el vulgo llama Montesinos, hijo del conde Grimaldo, y nieto de Pipino el gordo, á quien su tío

Carlos Martel obligó á expatriarse por envidia de la mayordomía de palacio. Atribúyesele haber poblado con sus gentes aquellos lugares á mediados del siglo VIII, ó por tolerancia y hospitalidad de los sarracenos, ó con el apoyo del rey de Asturias: una lápida algo violentamente interpretada por Morales es la única confirmación de semejante etimología (1). De todas maneras, cuando al rededor de Salamanca al tiempo de su restauración había ya *mozárabes* esparcidos por la vega, no es extraño que existiesen también de antes en el corazón de la sierra, y de ella más bien que de la Cantábrica procedían los que figuraron entre las razas pobladoras con el epíteto de *serranos*, pretendiendo sobre los demás cierta preferencia de alcurnia.

Limpiada de infieles la comarca, fueron bajando los refugiados á las llanuras, y aquellas asperezas volvieron á su soledad por algunos siglos, hasta que en la primera mitad del xv viniendo de Santiago un peregrino francés llamado Simón Vela, como si á los franceses anduviera vinculada con el nombre la historia de la peña, desenterró en su cumbre una imagen de la Virgen, objeto de antiguo culto y sepultada no se sabe cuándo ni por quién en momentos de peligro. Fué el hallazgo precedido

(1) Hallábase en una ermita de San Juan sita en el término de Santibáñez de la Sierra, que Morales creyó haberse edificado con los restos de otra más vasta iglesia destruída, describiendo su curiosa pila bautismal á la cual bajaba por un conducto el agua viva de la peña y donde según voz de las gentes fué bautizado Montesinos. No habiendo podido juzgar el diligente analista por inspección personal sino por la relación que del edificio y de la lápida le envió el obispo de Salamanca don Jerónimo Manrique, hizo mal en adelantar demasiado sus conjeturas. Las palabras que se leían en unas piedras rotas de mármol: *ingressum nostrum respice clemens... abeat filius... ibique quod poposcerit impetrabit*, las aplica supliendo acertadamente sus huecos á la dedicación de la iglesia; pero en las siguientes *felici quondam comiti Belgice T. N. Y.... imp. C. M. F. rex pepulit... honor Gallie anno DCCXXIII* hallamos harta oscuridad para fundar en ellas la venida del conde Teobaldo á la península y á tanta distancia de la frontera. Ni Carlos Martel se tituló emperador y rey de los francos, ni condes de Bélgica Teobaldo ni su padre; y así habiéndose hecho imposible con la desaparición de las piedras el comprobar su lectura, no resta más que suspender el juicio en materia tan dudosa. Añádese que el caudillo francés en memoria de Grimaldo su padre, dió nombre al lugar que se llama ahora Fuente Guinaldo.

y acompañado de tantas maravillas (1), que noticioso de ellas Juan II confió á religiosos dominicos la custodia del santuario, y en 1445 después de dar gracias á nuestra Señora por la victoria de Olmedo, le cedió la jurisdicción del terreno confiscado al rebelde infante de Aragón, don Enrique. La capilla principiada por Simón Vela quedó comprendida en una iglesia de tres naves y fuertes bóvedas; treinta y tres lámparas de plata pendían ante el prodigioso simulacro, reinas y títulos y prelados le formaron un tesoro de ricas joyas, y ex-votos de toda clase atestiguaban sus singulares favores y la gratitud de los peregrinos. Esta devoción, que reproduciendo la célebre efigie le erigió en muchos pueblos altares ó ermitas bajo la misma advocación, no se redujo á los contornos ni á las provincias limítrofes siquiera, sino que traspasó la frontera de Portugal, salvó las costas de la península, y propagada por misioneros y soldados, en Orán la aclamó patrona y en Filipinas impuso su nombre á una nueva población.

La erguida peña, aislada por todos puntos menos por el oeste donde se enlaza en suave declive con la cordillera, domina sus más altos picos y á lo lejos por un lado las llanuras de Salamanca hasta la capital, por el otro las campiñas extremeñas. En verano la envuelven las tormentas, y los rayos hieren su desnuda frente; cúbrenla en invierno las nieves con su tupido manto y la hacen del todo inaccesible á huella humana. Así cada año desde que cerraba octubre hasta asomar el mayo cesaban las romerías, la Virgen se quedaba casi sola al cuidado de

(1) Tales fueron la predicción de una doncella de Sequeros diez años antes en el acto de morir, la revelación que movió á Simón Vela á recorrer la Francia y gran parte de España, en busca de la indicada peña, la luz sobrenatural que guió sus excavaciones, y la curación repentina de varias dolencias en los cinco obreros que las practicaron. Verificóse la invención en 19 de mayo de 1434, aunque Mariana la refiere al 1409; en 1436 se expidió el real privilegio para la fundación del convento por consejo del célebre fray Lope de Barrientos. Dos años después murió Simón, pronosticando el descubrimiento de una efigie del Crucificado, de Santiago, de san Andrés, de santa Catalina y de una campana; las tres primeras fueron halladas dentro pocos años y tuvieron en el santuario sus capillas.

un sacerdote, y la comunidad pasaba á habitar el espacioso convento que se había fabricado con el nombre de Casa Baja junto al lugar del Maillo. En estos tiempos ¡ay! la soledad del santuario no es ya transitoria sino permanente, y en pos del abandono empieza á invadirlo la ruina, sin respetar las obras posteriores, ni la fachada y gradería del siglo xvii, ni la torre del xviii; pero el culto de la imagen sigue perpetuo, y aun solemne y entusiasta, en la cercana ermita de la Blanca erigida en el sitio de su primer descubrimiento. Allí reside instalada desde 1859, terminando con aceptación general las querellas y rivalidades de los pueblos vecinos, que una vez suprimidos los religiosos sus guardadores naturales, se disputaban y obtenían sucesivamente por sorpresa ó por amenaza su sagrada posesión (1).

Cabalmente al pié de la venerable montaña ó en los valles próximos que forman sus ramales, se reúnen los más y los mejores de aquella serranía; Sequeros investido hoy con la preeminencia de cabeza del partido, Miranda del Castañar que lo fué del condado concedido por Enrique IV á Diego López de Zúñiga y conserva su antigua parroquia y sus murallas y su castillo, Cepeda donde poco há se descubrían vestigios de un convento que se reputaba de Templarios, San Martín del Castañar que lo tuvo de Franciscanos fundado en 1437 con el título de Nuestra Señora de Gracia por el obispo don Sancho de Castilla, Villanueva del Conde, Mogarraz, Monforte y otros lugares de menor importancia. El más crecido de todos, aunque no pasa de quinientos vecinos, es la Alberca, aldea en otro tiempo de Granadilla dentro del límite de Extremadura, que con su concejo y con el de Miranda corrió desde fines del siglo xiii las mismas vicisitudes que el señorío de Ledesma. Si algún día llevó

(1) Durante la invasión francesa fué ocultada sigilosamente la efigie en la parroquia de la Alberca; bajáronla y retuvieronla por algunos meses á principios de 1823 los vecinos de Mogarraz, apoderáronse de ella en 1835 los de Sequeros, á quienes se la tomaron en 1854 los de la Alberca, aprovechando todos á su vez los sucesos políticos, hasta que en 1859 fué restituida á su predilecta montaña.

el nombre de Valdelaguna debió ser muy anteriormente, pues con el actual aparece ya en la concordia firmada en 1267 con su cabeza, por la cual eran llamados dos de sus hombres buenos á las juntas concejiles para el reparto de impuestos, y se le otorgaban una dehesa y unos castañares. Este derecho mandó guardarle en 1353 el infante don Juan bastardo de Alfonso XI, cuyas mercedes le confirmó en 1355 el rey don Pedro y en 1375 Enrique II. Á la par de Ledesma fué transmitida la Alberca y país adyacente por don Sancho conde de Alburquerque á su hija Leonor esposa de Fernando I de Aragón, y por ésta á su tercer hijo don Enrique; pero al distribuir Juan II los despojos del infante, cupo esta parte de ellos á la poderosa familia de Alba que la retuvo constantemente.

De su pasado, por modesto y tranquilo que se deslizara en aquellos valles, quedaron á la Alberca algunos recuerdos: un púlpito de madera consagrado en 1412 por la predicación de san Vicente Ferrer, guardado largo tiempo en la ermita de San Sebastián hoy de San Blas; una casulla de hilo de oro tejido sobre raso carmesí, hecha de un balandrán que regaló á la parroquia el rey don Juan al visitarla á fines de mayo de 1445 después de haber triunfado en Olmedo (1); un pendón con las armas del prior de Ocrato, tomado en 1475 á los portugueses por las mujeres del pueblo, si no miente la tradición, ora se internasen en pos de sus maridos por la frontera adelante hasta Almeida, ora rechazasen de su invadido suelo al enemigo (2). Monumento no le ha dejado ninguno, pues tal título no merece la iglesia de la Asunción, aunque por sus tres naves abovedadas, ancho presbiterio y torre de cien piés pase por la más suntuosa de la comar-

(1) Es la casulla de rara hechura sin cenefa, y sólo se usa en la misa de la noche de Navidad, después de la cual se reza un responso por el alma de dicho monarca.

(2) De ambas maneras se refiere el hecho, y en memoria de él iba el pueblo anualmente en el segundo día de Pascua al llano de las Heras donde se daba á todos una colación cumplida, cuyo gasto autorizaron los duques de Alba, según documento del archivo municipal. Ignoramos si con el mismo suceso se relaciona el nombre de Matancias que lleva un vecino arroyo.

un sacerdote, y la comunidad pasaba á habitar el espacioso convento que se había fabricado con el nombre de Casa Baja junto al lugar del Maillo. En estos tiempos ¡ay! la soledad del santuario no es ya transitoria sino permanente, y en pos del abandono empieza á invadirlo la ruina, sin respetar las obras posteriores, ni la fachada y gradería del siglo xvii, ni la torre del xviii; pero el culto de la imagen sigue perpetuo, y aun solemne y entusiasta, en la cercana ermita de la Blanca erigida en el sitio de su primer descubrimiento. Allí reside instalada desde 1859, terminando con aceptación general las querellas y rivalidades de los pueblos vecinos, que una vez suprimidos los religiosos sus guardadores naturales, se disputaban y obtenían sucesivamente por sorpresa ó por amenaza su sagrada posesión (1).

Cabalmente al pié de la venerable montaña ó en los valles próximos que forman sus ramales, se reúnen los más y los mejores de aquella serranía; Sequeros investido hoy con la preeminencia de cabeza del partido, Miranda del Castañar que lo fué del condado concedido por Enrique IV á Diego López de Zúñiga y conserva su antigua parroquia y sus murallas y su castillo, Cepeda donde poco há se descubrían vestigios de un convento que se reputaba de Templarios, San Martín del Castañar que lo tuvo de Franciscanos fundado en 1437 con el título de Nuestra Señora de Gracia por el obispo don Sancho de Castilla, Villanueva del Conde, Mogarraz, Monforte y otros lugares de menor importancia. El más crecido de todos, aunque no pasa de quinientos vecinos, es la Alberca, aldea en otro tiempo de Granadilla dentro del límite de Extremadura, que con su concejo y con el de Miranda corrió desde fines del siglo xiii las mismas vicisitudes que el señorío de Ledesma. Si algún día llevó

(1) Durante la invasión francesa fué ocultada sigilosamente la efigie en la parroquia de la Alberca; bajáronla y retuviéronla por algunos meses á principios de 1823 los vecinos de Mogarraz, apoderáronse de ella en 1835 los de Sequeros, á quienes se la tomaron en 1854 los de la Alberca, aprovechando todos á su vez los sucesos políticos, hasta que en 1859 fué restituida á su predilecta montaña.

el nombre de Valdelaguna debió ser muy anteriormente, pues con el actual aparece ya en la concordia firmada en 1267 con su cabeza, por la cual eran llamados dos de sus hombres buenos á las juntas concejiles para el reparto de impuestos, y se le otorgaban una dehesa y unos castañares. Este derecho mandó guardarle en 1353 el infante don Juan bastardo de Alfonso XI, cuyas mercedes le confirmó en 1355 el rey don Pedro y en 1375 Enrique II. Á la par de Ledesma fué transmitida la Alberca y país adyacente por don Sancho conde de Alburquerque á su hija Leonor esposa de Fernando I de Aragón, y por ésta á su tercer hijo don Enrique; pero al distribuir Juan II los despojos del infante, cupo esta parte de ellos á la poderosa familia de Alba que la retuvo constantemente.

De su pasado, por modesto y tranquilo que se deslizara en aquellos valles, quedaron á la Alberca algunos recuerdos: un púlpito de madera consagrado en 1412 por la predicación de san Vicente Ferrer, guardado largo tiempo en la ermita de San Sebastián hoy de San Blas; una casulla de hilo de oro tejido sobre raso carmesí, hecha de un balandrán que regaló á la parroquia el rey don Juan al visitarla á fines de mayo de 1445 después de haber triunfado en Olmedo (1); un pendón con las armas del prior de Ocrato, tomado en 1475 á los portugueses por las mujeres del pueblo, si no miente la tradición, ora se internasen en pos de sus maridos por la frontera adelante hasta Almeida, ora rechazasen de su invadido suelo al enemigo (2). Monumento no le ha dejado ninguno, pues tal título no merece la iglesia de la Asunción, aunque por sus tres naves abovedadas, ancho presbiterio y torre de cien piés pase por la más suntuosa de la comar-

(1) Es la casulla de rara hechura sin cenefa, y sólo se usa en la misa de la noche de Navidad, después de la cual se reza un responso por el alma de dicho monarca.

(2) De ambas maneras se refiere el hecho, y en memoria de él iba el pueblo anualmente en el segundo día de Pascua al llano de las Heras donde se daba á todos una colación cumplida, cuyo gasto autorizaron los duques de Alba, según documento del archivo municipal. Ignoramos si con el mismo suceso se relaciona el nombre de Matancías que lleva un vecino arroyo.

ca, ni lo merecería probablemente el castillo del cual sólo el nombre permanece en lo más alto del lugar. En cambio sus lomas se visten de olivares y viñedos, crecen en su vega copiosos y variados frutales, y aguas cristalinas corren en todas direcciones bajo densos bosques de nogales y castaños; pero al desplomarse de la peña, cuya vertiente oriental ocupa, las precoces nieves del otoño, la población, tan inerte como la naturaleza, queda aprisionada en su lodoso recinto y en sus ahumadas y endeble casas de dos pisos, destacándose oscura y sombría en medio de la monótona blancura de los campos.

Palpábanse las sombras por las angostas calles y la lluvia se desprendía de los aleros á torrentes á la entrada de una noche de noviembre de 1852, cuando la simple recomendación de persona desconocida nos franqueó una de aquellas puertas; y mientras á la lumbre del hogar secábamos la ropa y volvían á su agilidad los arrecidos miembros, penetraba más suave tal vez en nuestro espíritu el calor de las ingenuas virtudes allí domiciliadas. Casi nos inclinábamos á bendecir la furia de la tormenta que á tan franca y cordial hospitalidad había dado ocasión; y si algún suspiro involuntario nos arrancaba su tenaz violencia al segundo y al tercer día, mil delicadas atenciones preferibles á los más costosos obsequios se empeñaron en distraer y amenizar nuestra forzosa permanencia. La cuarta aurora no asomó más bonancible: entonces el jefe de la honrada familia á vista de nuestro impaciente afán, acomodándonos con tierna solicitud en su caballería y marchando á pié delante, se dispuso á arrostrar generosamente unas fatigas impropias de sus años y de su bienestar y á guiarnos á las Batuecas.

Valle célebre á fuerza de considerársele como ignorado, y sinónimo de salvaje y apartada tierra, era ya en aquella estación punto menos que inaccesible; y al doblar la cumbre que lo separa de la Alberca, de media legua de subida y legua y media de bajada, hacían parecer mayor su profundidad la cerrazón de las nubes de vez en cuando surcadas por siniestro rayo, y el

fragor del trueno que retumbaba por sus cavidades. Las encrespadas cordilleras, que gradualmente asoman perdiéndose en lontananza, se confundían entonces en una monótona oscuridad; y enfrente y á los lados, según descendíamos por la pedregosa senda, pendientes cuestas iban estrechándonos el horizonte y comprimiéndonos á la vez el corazón. En vano desde una cruz de piedra puesta hacia la mitad del camino se esforzaba nuestro buen guía para mostrarnos en el fondo de la sima la vega y el convento; apenas si la niebla nos permitía entrever una dudosa mancha verde, hasta que el ruido siempre creciente del riachuelo aumentado en aquellos días con cien arroyos y el de los cedros, cipreses y castaños agitados por el viento nos anunciaron la proximidad del nido oculto en aquella fresca espesura. Los extraños y confusos rumores y el tétrico colorido de los objetos parecían confirmar á la sazón las medrosas consejas que en otros tiempos alejaban del sitio á los pastores, suponiéndolo morada de malignos espíritus cuyas voces y espectros se figuraban discernir, antes que los conjurara la erección del sagrado edificio; pero al través de su fúnebre velo accidental, sonreíanos aún y nos representaba ideas más apacibles y más conformes á su religioso destino aquella soledad tan amena en aguas, tan lozana é imponente en vegetación.

Á las Batuecas dió fama la llegada de los Carmelitas descalzos, que careciendo de casa de retiro ó *desierto* en la provincia de Castilla la Vieja, escogieron en 1597 dicho punto y adelantaron tanto con la protección del duque de Alba á pesar de las dificultades suscitadas por los de la Alberca, que en 5 de junio de 1599 pudo celebrarse allí la primera misa. Nació al mismo tiempo la voz, y prestábanle cierto apoyo la rudeza de los naturales, las maliciosas burlas de sus vecinos y la credulidad de los buenos padres, de que el valle y sus escasos pobladores habían estado cerrados hasta entonces á la comunicación y aun al conocimiento de las gentes, y que su descubrimiento de muy reciente data se debía á un paje y á una doncella del

duque, que huyendo á ocultar su amor en lo más áspero de las breñas, se encontraron con aquel angosto mundo escapado por tantos siglos á la ambición y á la codicia. En el origen de la silvestre raza y en la antigüedad de su aislamiento andaban discordes los pareceres; quién la creía goda deduciéndolo de algunas voces de su peregrino lenguaje y de varias cruces y vestigios de religión que conservaban, quién la hacía alarbe atribuyéndole abominables costumbres y supersticiones (1). El siglo XVII creyó semejante historia, el XVIII la refutó, en el nuestro tenemos por bastante el consignarla á fuer de curiosa leyenda.

No faltaría alguna que, á ser más antiguo el convento, acompañase de maravillosas circunstancias su fundación, tanto sorprende verle aparecer sin señal de desmonte ni casi de huella humana en lo más escondido de la sierra cual si hubiese brotado del mismo suelo. Sobre la entrada de la vasta cerca adviértese la efigie de su titular San José puesta allí en 1766, y más arriba una espadaña para la campana que tañían á su llegada los viajeros aguardando debajo del profundo portal que se les franquease la clausura (2). Largas calles de árboles variados y gigantescos, interpolados de tronco á tronco con lozanos arbutos y participando de la libertad del bosque y del artificio de la alameda, conducen al edificio ó más bien al grupo de bajas y denegridas construcciones que lo forman; á un lado la hospedería brindaba con franco aunque humilde albergue á los extraños,

(1) El P. Nieremberg, que escribía cuarenta años después del supuesto descubrimiento, lo da por indudable; Feijóo dedica uno de sus tratados á demostrar lo fabuloso del hecho, pero antes ya lo había verificado el bachiller Tomás González de Manuel publicando en 1693 su *verdadera relación* acerca de las Batuecas. La ficción tuvo harta voga en el extranjero, donde la condesa de Genlis la hizo objeto de una de sus novelas. ¡Notable coincidencia, sugerida probablemente por la aspe-  
reza de los lugares! en la Peña de Francia se supone guarecida una colonia cristiana en medio de la dominación sarracena, en el contiguo valle una horda sarracena independiente y desconocida de los reconquistadores cristianos.

(2) Antes de construirse dicha obra, estaba la campana enejada en lo alto de un grande alcornoque acopado, según refiere Yepes, quien en el tomo V de su *Crónica de San Benito*, impreso en 1615, nos dejó una minuciosa descripción del convento de Batuecas.

al otro la portería por medio de oportunos textos y emblemas les preparaba á penetrar con recogimiento en el silencioso claustro. Todavía cuando lo visitamos embellecían su área vistosos cuadros de boj y mirto, y se cimbreaban altísimos cipreses, y saltaba el agua en un pilón rico y lujoso respecto de lo demás; todavía en los ángulos del soportal que lo rodea, y que da entrada á veinte y cuatro reducidas celdas, seis en cada una de sus alas, subsistían cuatro rústicas capillas, llamadas basílicas como por contraste de su pequeñez y dispuestas á modo de nacimientos, donde figuraban toscamente las estatuas de Elías, del Bautista, de san Pablo ermitaño y de san Jerónimo y algunos pasajes de su vida, acompañadas á los lados por otras dos menores imágenes de héroes y heroínas del desierto (1). Dos quintillas, ingenuas y algo conceptuosas á veces, al lado de cada nicho interpretaban las altas lecciones derivadas del ejemplo de los santos.

En medio del claustro se levanta la iglesia, que por ánditos cubiertos comunica con los pórticos expresados, reproduciendo en su fachada la imagen del esposo de María y una alta espadaña de dos cuerpos. Espaciosa, bien proporcionada, construída de piedra con su crucero y cúpula, nada sin embargo se desvía de la rigidez y pobreza del instituto, ni encierra más que sencillos altares, ruda sillería de coro y un relicario en la capilla frontera á la sacristía y titulada *de la reina*, á quien tenía un tiempo por patrona. El oratorio destinado á los obispos cuando allí se retiraban, el refectorio situado á espaldas del templo al extremo de una calle de árboles, las restantes oficinas del convento, ¿qué cosa notable pueden ofrecer al artista? Pero no obstante, bendiga Dios al comprador de las Batuecas, que treinta años atrás por una rara excepción entre los de su clase todo lo conservaba con esmero, y aun si mal no recordamos, tenía con-

(1) Á uno y otro costado de San Elías están San Eliseo y Santa Eufrasia, á los de San Juan Bautista San Franco y Santa Eufrosina, á los de San Pablo San Onofre y Santa Magdalena, y á los de San Jerónimo Santa Teresa y San Juan de la Cruz.